

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars
y su fiel escudero Flor de Truhanes”

III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO
20 – El zoco de los harapientos

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

سيرة المظاهر بيبارس

Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



III – Los Bajos Fondos del Cairo

20 – El zoco de los harapientos

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínicos
Fecha de Publicación: 2018
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

20 – El zoco de los harapientos



Cuando el puente estuvo acabado, Baïbars hizo de nuevo llamar al maestro de obras y le dijo:

- *Osta*, también querría reconstruir este barrio abandonado. Mira a ver qué se podría hacer.

El otro cogió su vara de medir, fue a inspeccionar el terreno, calculó su superficie, luego volvió y le dijo a Baïbars:

- Muchacho, puedo construirte un zoco de ochenta tiendas; cuarenta de cada lado; cada una podrá disponer de un almacén, un cuarto pequeño en la primera planta, con una terracita. Al fondo del zoco, habrá una mezquita y, del otro lado, un pequeño hammam. De ese modo, los que vivan en su tienda podrán guardar sus mercancías en el almacén, y los que tengan mujer e hijos, podrán instalarlos en el cuarto de arriba. Vamos, que será un barrio totalmente independiente. Por la tarde se podrá cerrar de ambos extremos, poniendo rejas y cerrojos a las puertas, y así sus habitantes no tendrán nada que temer de los merodeadores¹.

- Me parece muy bien todo el plan –repuso Baïbars-. Puedes comenzar a trabajar.

Al día siguiente mismo, comenzaron las obras, y al poco tiempo casi todo el trabajo se había terminado: obra mayor, carpintería, pintura; no se podía desear nada mejor. Baïbars fue a inspeccionar la obra; habían realizado una auténtica joya. Recompensó generosamente a los maestros de las diferentes corporaciones de oficios, les manifestó su agradecimiento, y les despidió cortesmente.

- Bueno, compañero –le dijo Baïbars a Otmân-, ahora ya sólo hay que esperar a que Dios (exaltado sea) nos envíe a alguna gente honrada que alquile estas tiendas y las ponga a trabajar.

- Soldao, eso no funciona d'ese modo, no van a venir así como así. Pero si quieres, yo te los puedo traer.

- ¡Anda! ¿pero tú, Otmân; tú tienes conocidos en la corporación de comerciantes?

¹ Esta organización urbanística es típica de las antiguas ciudades musulmanas, en las que cada barrio constituía una célula tan autónoma como fuera posible, y cerrada al exterior a la puesta del sol.

- ¡Pues claro! El Cairo es, ¿cómo te diría yo?, como si fuera mi ternerilla, la hija mi vaca. ¡Eh, y por el Profeta, que pueo traerte tipos como no te pués ni imaginar!

- Vale, de acuerdo, si son como los describes, no cabe duda de que serán los que mejor convengan.

Otmân, garrote al hombro, se fue todo derecho al Mercado del Kif, allí en donde se reúnen todos los vagabundos de la ciudad para fumar hierba y mascar su confitura. En aquel tiempo tenían un jefe que se llamaba el Hâÿ Jalaf. Y de cuando Otmân daba sus más de cuatrocientos golpes, éste les visitaba para extorsionarles y llevarse el dinero. Ese día, estaban justo todos ellos reunidos, los treintainueve, y andaban hablando de Otmân.

- Oye, Hâÿ Mohammad –decía uno-, hace siglos que no se le havisto el pelo a Otmân, la Flor de Truhanes del Cairo... Puede que se haya marchado de la ciudad.

- Qué va, hermano, sigue aquí; lo que pasa es que se ha arrepentido y ha entrado al servicio de un soldado, el emir Baïbars, el secretario de las demandas.

- ¡Loado sea Dios! ¡Por fin nos hemos librado de él!

Mientras tanto, Otmân se había ido acercando por detrás de ellos:

- ¡Mu buenas, muchachos! –les gritó de repente con voz atronadora.

- ¡No, piedad, Flor de Truhanes! ¡Por el Profeta, no tenemos ni un céntimo, no tenemos nada para darte!

- Tranquilos, muchachos. Tal que me véis n'este momento, yo m'he repentío; me *purifico* n'el retrete, hago mis *balbuciones* y mis *pringarias*¹, y me sé tó lo qu'hay que saber de mi religión. Así que, decirme, colegas, ¿no sus pensáis qu'este es el momento d'hacer como yo? Yo sus llevo a ver a mi soldao, pa que os de unas tiendas y así podáis tener un oficio honrao; y si os hace falta algo de pasta, yo os la paso.

- ¡Tienes razón, Flor de Truhanes! ¡Por el Secreto de la Purísima, nos arrepentimos!

- Pos entonces, venir conmigo.

Y se los llevó directamente al serrallo de Bâdîs. Mientras tanto, Baïbars estaba sentado tranquilamente, esperándole. De pronto, entró Otmân sin dar ni un berrido, escoltado por una banda de desharrapados, harapientos cubiertos de andrajos y con un aspecto lamentable.

- ¿Pero de dónde has sacado a estos tipos? –preguntó Baïbars extrañado-. ¿Por qué los has traído a nuestra casa?

¹ Según el vocabulario que emplea Otmân, se refiere a “yo me purifico, hago mis ablucines y mis plegarias”

- Soldao, estos son los muchachos de los que te hablé; estos son los que se van a instalar en el zoco y comerciar allí.

- ¡Pedazo de imbécil! –exclamó Baïbars-. Se huele a distancia que son unos vagabundos y unos desgraciados. ¿Cómo quieres que les confíe mis tiendas? ¡Si no tienen ni un céntimo!

- Eh, camarada, tos ellos se van a arrepentir y ha hacer sus *pringarias* como yo. Tú sólo tienes que adelantarles un poco pasta pa instalarse; yo salgo garante de tos. Y así, el buen Dios te verá con güenos ojos; Él quiere mucho a tos los que degüelven la dignidá a los otros. Y amás, soldao, tos somos creaturas de Dios; nunca se sabe quién necesitará a quién.

Este discurso produjo una fuerte impresión en Baïbrs; guardó silencio y se abstuvo de devolver a los mendigos; se dijo a sí mismo que nadie está al abrigo de la cambiante fortuna.

“Este Otmân no es un hombre cualquiera –pensaba-, En todo lo que pasa por su cabeza hay una bendición oculta. Seguro que es Dios –exaltado sea- el que le ha inspirado la idea de traer a estas gentes.

Entonces se levantó, llevó a todo el mundo hasta el zoco, y confió a cada uno una tienda con su almacén y mezanine, conforme a su oficio; asimismo les adelantó cien *sequines*¹ a los que querían ser carniceros, y cincuenta a los verduleros, y así sucesivamente. Luego escribió el nombre de cada uno en un registro aparte, y les abrió una cuenta en la que figuraban las sumas que se les habían adelantado –en fin, ya conocéis el sistema. El *osta* Otmân fue nombrado intendente: él se encargaría de percibir cada mes el alquiler de los comercios y el reembolso convenido –aquí también sabéis de lo que hablamos.

- Ahora, amigos míos –dijo Baïbars-, tengo que haceros algunas recomendaciones; y no olvidéis que quien sigue los buenos consejos, recogerá beneficios y bendiciones en este mundo, y obtendrá el lugar más eminente en el otro. Estos son mis consejos: No compréis en el mercado central más que mercancías de buena calidad; guardaos de engañar al cliente y dad siempre el peso correcto, tal y como Dios lo ordena. No dejéis de hacer vuestras cinco oraciones diarias en la mezquita. Si os comportáis de ese modo, todo os irá bien, pues la satisfacción proporciona riqueza.

- Si Dios quiere, haremos todo eso –respondieron los mendigos-. Que Él nos conceda obrar tal y como nos has aconsejado.

Fueron a buscar a sus familias, a las que instalaron en la estancia de encima de la tienda; luego se pusieron a trabajar. Poco después, Baïbars le dijo a Otmân:

- Hemano, todavía hay que encontrar a alguien para la tienda destinada al *bazar-bâshi*²

¹ Moneda de oro equivalente a unos cinco francos franceses del s. XX.

² Jefe del mercado. Palabra turco-persa.

- Vale, yo m'ocupo –respondió Otmân.

Y el narrador prosiguió de este modo:

Nobles señores, rogad por aquel que goza del resplandor de la luna llena; por la lámpara que nos guía en la oscuridad; por el profeta del Señor omnisciente, que la plegaria de Dios y su bendición sean sobre él, cada vez que zuree la paloma.

Y justamente, Otmân conocía en El Cairo a un hombre, *bazarbâshi* de oficio; bastante rico, pero probo y piadoso, que nunca dejaba de hacer sus cinco plegarias al día, y sólo se sustentaba de pan. Era la única criatura en el mundo a la que Otmân jamás había hecho nada malo; él, del que no se libraba nadie. La causa era que este hombre, el Hây Mohammad, nunca dejaba de alimentarle, o consolarle, e incluso darle algo de dinero cada vez que le veía.

Pero con el tiempo, la rueda de la fortuna se había vuelto contra él, y se había arruinado. Desde hacía algún tiempo, vivía encerrado en su casa, y no salía nunca; no le quedaba nada de nada; había vendido hasta la ropa de cama y los cacharros de la cocina, y vivía en una miseria absoluta; él, su mujer, y sus hijos. Ese mismo día no habían comido nada desde la tarde anterior; habían agotado las últimas provisiones.

- Escucha, hombre mío –le dijo su mujer-, ¿hasta cuándo vas a quedarte encerrado en casa sin hacer nada? ¿Es que tú crees que el Buen Dios no quiere que uno se esfuerce en esta vida? Desde esta mañana no tenemos en casa nada que llevarnos a la boca.

- Pero, querida mía, ¿adónde quieres que vaya? –suspiró el desgraciado-. Estoy al límite de mis posibilidades, he agotado todos mis recursos. Si salgo ahora, todos mis acreedores me caerán encima y harán que me metan a la cárcel, y tendré que soportar esa vergüenza y humillación...

En ese momento, llamaron a la puerta.

- ¿Quién anda ahí? –preguntó el Hây Mohammad.

- ¡Soy Otmân! ¡abre, amigo!

- ¡Anda, mujer mía –dijo el Hây Mohammad-, dile que tu marido no está en casa!

- Pero ¿quién es? –preguntó la mujer-. ¿Es un acreedor al que debes dinero?

- No, por Dios, querida mía, es un buen muchacho, un poco simple, que se llama Otmân, hijo de La Gorda. En tiempos mejores, le hacía algunos favores y le daba algo de dinero. Por lo visto él no sabe que me he arruinado, y viene a pedirme alguna ayuda. ¡Qué desgracia, y que no tenga yo nada que darle! ¡Y pensar que ni siquiera podemos ofrecerle algo de comer!

- Escucha, esposo mío, de todos modos vete a abrir, porque ya ha oído tu voz, y sabe que estás aquí. No tienes más que decirle la verdad; no creo que se moleste porque le despidas con las manos vacías.

Convencido por las palabras de su esposa, el Hâÿ Mohammad se levantó y fue a dar la bienvenida a Otmân; le saludó y le hizo entrar en la casa, tras haber dicho a su mujer que se colocara el velo¹.

- ¡Ay, que vergüenza, hijo mío! –le dijo llorando a lágrima viva-. ¡Qué desgracia; la suerte nos ha abandonado cruelmente y el infortunio nos ha abrumado con su huella! Ay, nada dura en este mundo, todo es un vaivén, y cada día de felicidad, se paga con un año de sufrimientos. ¡El destino es implacable, y nadie puede esperar de él ni el más mínimo de los favores!

Al verle lamentarse de ese modo, y viendo el estado de miseria en el que se encontraba, Otmân también comenzó a llorar.

- ¡Ay, mi viejo amigo –suspiró-, ya sabía yo qu’andabas con algunos problemas, pero nunca pensé qu’habías llegao a esto! Escucha, tú siempre has sío bueno conmigo, yo puedo hoy darte un poco e lo que me distes.

Y sacando cinco monedas de oro de su bolsa, se las deslizó discretamente a su mujer. No cabe duda de que comportarse con tal generosidad y delicadeza, no era lo normal en Otmân; pero en ese momento, Dios le guiaba. De modo que se llevó al Hâÿ Mohammad con él y fue a presentárselo a Baïbars.

- Eh, hermanito, aquí te traigo al Hâÿ Mohammad, el *bazarbâshi*; un viejo veterano que conoce bien el oficio. Es de buena familia, pero la fortuna le ha dao la espalda; aparte d’eso es un buen tipo, ¡en to el Cairo no vas a encontrar otro como él!

- Bueno, como quieras, hermano –respondió Baïbars-. Ahora veamos, cuánto dinero quieres que te adelante... Y bien, padre mío –prosiguió Baïbars, dirigiéndose ahora al Hâÿ Mohammad-, ¿qué suma precisas que te adelante?

Pero el otro permanecía callado y cabizbajo. Se notaba que era de buena familia, tenía su orgullo... ¡Dios libre de tal humillación a los que proclaman Su Unicidad!

- ¡Pero bueno, amigo, habla! –insistió Baïbars.

- Soldao, soldao –le dijo Otmân-, con que le pases mil moneas d’oro; será suficiente pa un primer capital con que instalarse y con el resto, pa pagar sus deudas. De toas maneras, yo salgo fiador del Hâÿ Mohammad.

¹ El hecho de que no haya hecho salir de la habitación a la mujer, ya en sí es una señal de enorme confianza hacia su visitante.

Baïbars, desconcertado, le miraba con una cara de esas que dicen: “¿pero tú de qué vas?”

- ¡Joer, pásaselas ya! –estalló Otmân-. Pero tío, bromas aparte, ¿tú te crees que toa la pasta te viene de tu padre? ¡Tu dinero viene del buen Dios! Si el Hâÿ Mohammad no pué devolverte tus moneas d’oro, yo mesmo te las pagaré de mi propia pasta. Dime, hermanito, cuando tú llegaste de Damasco, tampoco tenías un puto duro; pero el buen Dios fue generoso contigo. Así que ¿no crees que t’interesa ser generoso con los serviores del buen Dios? ¿Es, o no es verdad lo que te digo?

Sin discutir nada más, Baïbars le dio mil piezas de oro al Hâÿ Mohammad; le hizo tomar posesión de la tienda, y le nombro *bazarbâshi* del zoco, recomendando a los otros comerciantes que le obedecieran en todo.

FIN



Próximo episodio...

21 ~ La caída del

capo

